

## Lo que queda después de la candela

### *El callejón de humo*

RAFAEL M. MÉNDEZ BERNAL  
Ícono Editorial, colección Yo Cuento,  
Bogotá, 84 págs.

EL MONO, un hombre de la generación del autor de esta narración y de este reseñista, llega a Bogotá después de estar una larguísima temporada en algo así como un sanatorio para drogadictos de los monjes agustinos en Mompo. Aunque no vuelve a entregarse del todo al frenesí de la rumba que hizo que sus padres lo confinaran en ese claustro, de todas maneras sí ronda ese mundillo sórdido y pesado del que se sustrajo durante cinco años. Este diario, pues esa es la forma en que está escrito el libro, no es lineal ni cronológico. Va y viene en el tiempo y a veces habla de experiencias y personajes del pasado, y otras de la vida actual –la de la narración–. El protagonista, como queda dicho, se arrastra en ese mundo de rumba dura en Bogotá, donde se está permanentemente al límite de la ilegalidad, donde se bordea la delincuencia, y donde en no pocas ocasiones se cae de manera abierta en ellas. Por supuesto, que más de un amigo ha traficado, más de uno ha estado preso, hay trata de blancas, uno denuncia al otro que lleva un cargamento para vengarse, el sexo no tiene límites, hay alcohol, drogas, y otra vez alcohol y otra vez drogas. No sé si ese efecto busca ser transmitido en una alocada abundancia de hechos que se suceden sin concierto. Si el propósito del autor es sumergirnos en una traba, pues hay que decir que lo logra. Este lector entendió poco de este relato pero, repito, a lo mejor el autor es justamente eso lo que busca. Es de anotar que el hombre conoce bien ese mundo que trata y que describe con agudeza esa Bogotá en la que pasan la mayoría de los acontecimientos: Chapinero, los bares de dudoso prestigio, las noches frías y lluviosas que se encienden de repente con las apariciones fugaces de un Mompo lejano con su río de aguas turbias y embarradas, con su calor pegajoso y su somnolencia. La relación con los padres, con Dora, su novia, todo dentro de una tolerancia

a ese desenfreno que sucede mientras el personaje vive en un hotelucho de mala muerte.

Bogotá es una ciudad que ha tenido la suerte de ser contada desde diferentes ángulos y en distintas épocas. Desde *El Carnero*, pasando por *Reminiscencias de Santa Fe y Bogotá*, hasta narraciones más cercanas en el tiempo. Ahí está *Sin remedio*, la novela de Antonio Caballero, *La tragedia de Belinda Elsner* de Germán Espinosa, la trilogía de Miguel Torres sobre el 9 de abril –recordemos hacia atrás las pocas novelas de José Antonio Osorio Lizarazo, tal vez el más prolífico biógrafo que ha tenido la ciudad– los libros de reportajes de Germán Castro Caycedo de investigación periodística que abundan en referencias bogotanas, lo mismo que los libros de Ximénez, *Juego de damas* de R. H. Moreno Durán, *Todo o nada* de Óscar Collazos, *Los parientes de Esther* de Luis Fayad, *Fiesta en Teusaquillo* de Helena Araújo, las novelas de Santiago Gamboa y de Mario Mendoza y una larga lista de obras que, o transcurren en Bogotá, o tienen episodios cuyo escenario es esta ciudad. Pero, ya lo dije, es una ciudad que ha tenido sus cronistas, novelistas y cantores en todas sus épocas, sin olvidar los estremecedores poemas de José Asunción Silva. Nada más bogotano que aquel poema suyo de “Día de difuntos”.

Yo diría que con este libro de Méndez Bernal, estamos frente a uno de los muchos pupilos que tuvo en esta generación el angelito empantanado de Cali, Andrés Caicedo. Hay un regodeo en hablar de esa vida trajinada, un ufanarse de lo muy drogo que soy, de lo poco que me importa la vida, de vivir “echado al tres”, de “meimportaculismo”... De todo hay en la viña del Señor, en lo personal, no sé... creo que prefiero que me cuenten historias menos heroicas, episodios más maduros, menos adolescentes. El libro está bien escrito, no hay duda, es, lo sospecho, algo íntimo de quien escribe este comentario, un determinado gusto particular.

**Fernando Herrera Gómez**